

CAPÍTULO XIV.

COLÓN EN EL REAL DE SANTA FE.



PARA de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en El Escorial; ó los cuadros de Van-Eyk, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio. Los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata, que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos realces; los plumajes traídos entonces por las expediciones lusitanas del Asia y del África; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares y esmeraldas en los montes por aquellas recién invenidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pintores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entonces, veíanse reunidas en el real de Granada como en ninguna otra parte, gracias al esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imaginaos las tiendas innumerables de brocados riquísimos, donde pendían los tapices de Arras con sus realzadas figuras; las alfombras de Persia,

que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnal-
das del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados
en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre pies de
oro, lloviznados todos ellos con rocío de rubíes; las armaduras
embutidas con toda suerte de metales preciosos; las adargas rica-
mente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las
lanzas, parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas
con sus empuñaduras de sin igual valor; los talíes, sembrados de
zafiros y ópalos; todas aquellas maravillas del arte, que parecían
á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas
del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la moli-
cie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese
visto, por ejemplo, al Marqués de Cádiz, vestido con su túnica
mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes,
pendiente del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro,
rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con
pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturón
de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al cos-
tado y guantes con puños de metales preciosos, no le creyera
ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta
y cinco años había saltado tantos muros, visto tantos pueblos y
fuertes puestos á sus pies y rendidos á su brazo, hecho tantas
campañas como los primeros héroes de la historia y como los
primeros campeones de la guerra. Y allí, en aquel campamento,
sucediáanse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á
los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de
sortijas, y á los juegos los combates. Por fin, Granada tuvo que
darse al sitiador, y señaló su entrega para el día 2 de Enero
de 1492.

En la víspera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas
las precauciones indispensables para que no pudiese deslustrarse.
Los pregoneros del campamento notificaron á voces cómo, al
amanecer del día siguiente, debían hallarse las tropas aperci-
bidas á la entrada, con sus mejores aprestos y arreos. También se

dieron rigurosas órdenes á fin de que los caballeros y sus pajes
y todas las gentes de pro se presentaran revestidos de sus prin-
cipales galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el
alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines con-
fundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilan-
tes alondras. El cielo tenía ese azul claro que presentan los hori-
zontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al
aire. Las nieves de la Sierra nunca relumbraron como aquella
mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de
diamante. Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles que
no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos,
palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realzados con gotas de
rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel
amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebotaban en las
armas y en las armaduras de los cristianos, tendidos por la vega,
y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los
árabes, agrupados por última vez en sus torres y en sus torreo-
nes. ¡Qué contraste, Dios mío, el de las campanas saludando,
desde las torres de Santa Fe, al nuevo día, con los muhecines ó
muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde
los alminares de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los mus-
limes, cercano á ser proscrito de aquel edén, hecho para placer
de los suyos por las manos de las huríes y de los ángeles! Desde
Santa Fe podía la vista contemplar aquel maravillosísimo es-
pectáculo, nunca tan hermoso como al salir la ciudad sultana
de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares cató-
licos. Desde allí, desde el real de Santa Fe, podía verse á la de-
recha el valle inmenso entre cuyas arboledas y plantíos cule-
brea el Genil; á la izquierda Sierra Elvira, y, como acercándose
á sus lavas frías, el tormentoso Albaicín, coronado con su for-
midable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas en-
cantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la Sie-
rra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas, entonaba la luz mati-
nal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de

porcelana y sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de adelfas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado tintes, que llegan del rosa pálido al carmín rojo, los ardores del Mediodía; y, entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo. Ya el sol montaba de su oriente á su cenit cuando el Cardenal Arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma, encaminábase con dos mil milites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas de sus diáconos, caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas ciertas prerrogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social, ni á la hora de morir y expirar el feudalismo.

Al llegar Mendoza con su hueste á la puente por donde, sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros principales. Viéndole, véfase la imagen misma del desaliento. Aunque apuesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque joven, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro, como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluído unas moradas ojeras en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos, y por

los tendones rígidos del cuello se notaba el esfuerzo empleado para reprimir y ahogar amargos y violentos suspiros. Los labios se le caían con menosprecio, como á quien, ateneado por una grande aflicción suprema, no le va nada en la vida, ni aguarda nada del mundo. Maldecido por el hado adverso, en ciertos momentos creía cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Mas realmente no podía sobreponerse á su dolor. Así que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rígido é inmóvil como al frío de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu el desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su ser, y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salían de su despedazado pecho. El grupo formado por él y por los suyos junto al Cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpe de aquellos que los ceñían; alquiceles de blanquísima lana y marlotas de bordados realces; túnicas al cuerpo ceñidas por talies de pedrería; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arcos vistosísimos y apropiados al color de los caballos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir el Cardenal de Toledo á los primates granadinos tan humillados, no pudo menos que dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infligido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al Cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho y desahogarlo con alguna expansión y alguna

confidencia, díjole al prelado: «Vais á ocupar esos alcázares, en que nací y en que debiera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes á quienes aquel que todo lo puede ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.» En estas palabras, conservadas por la historia, descúbrese desde luego cómo el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformidad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Un poco más abajo se presentó Boabdil al rey D. Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dalmáticas bordadas de realce le precedían á pie, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricoshombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al Monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan variadas, maceros tan blasonados, que parecía el grupo aquel un ejército de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regio, y el rojo manto con vueltas de armiño cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas en abreviadas pero relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y su situación, llevando un capete de acero damasquinado á la cabeza, con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales, cuya eficacia no había visto jamás, pero en cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado aun después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y aun sacó el pie de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del Monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aque-

llas muestras de afecto benévolo, pidió con grandísimo encarecimiento besar la Real mano; pero Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales. Acercó entonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besóle con ardiente ósculo en el derecho brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que imaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad mágica, las dos llaves que abrían las dos puertas de aquel paraíso, donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves, Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo por la mala hora en que Hassem lo engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento, designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y de Tarik, los restos del Imperio que habían los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el Universo. Cuando ya se había desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, excusó la desgracia suya con los decretos de la Providencia, é imputó al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del islamismo, que paralizan la más firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean las grandes libertades, los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón, vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecía como una estatua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas, y envuelta la cabeza en el turbante de lino, análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina, y exclamaba: «Dios lo sabe.» Á su vez el guerrero, que

llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la vibrante lanza en la diestra, y al costado el corvo alfanje, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado, sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo.» Y Boabdil, que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecían á su vista, y cómo la corona de Alhamar, en los edenes granadinos reclusa trescientos años frente á las victorias cristianas, se caía de sus sienes, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere.» Cumplida la entrega de las llaves, preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada; y como le indicaran ser el Conde célebre de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacándose una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase, conservada también por la historia: «Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos, y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío.» Siguió el Zogoibí su camino de amargura, y después de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al rey Fernando por las alturas de San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armillas, dentro ya de la vega, y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel, como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucía sobre sus sienes aquella corona que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo, el infante D. Juan, vestido con oriental riqueza y relumbrante de pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izquierda se veían las Infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte y aumentaban, si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural deli-

cadeza los Reyes habían convenido en que allí se compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El joven primogénito, que desde los pactos cordobeses había estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boabdil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor, no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y rehacía su vida, renuevo de su ser, y á pesar de todo esto, quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de contentarse con triste destierro al África, lejos de aquel paraíso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á sí mismo y de la consideración á los demás, que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella, y desahogó así un tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la reina Isabel aquellas frases que había dirigido antes al rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el Adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fe, donde, según las instrucciones recibidas, alojóle con grandísima cortesía y regalo, en la tienda del Cardenal, según lo convenido. El día iba creciendo, y la cruz, llevada por Mendoza en sus manos con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos, no aparecía en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista.